

LAS "VIAS" DE ITALIA Y PORTUGAL

EL Sur de Europa es conflictivo. Algo le impide una estabilidad política que se va consolidando desde el Norte. Habría que perderse en investigaciones históricas para saber por qué estos estados ofrecen una tensión mayor. Tal vez, por sus caracteres fronterizos de un tipo de civilización y cultura; pero habría que saber por qué esa frontera está situada ahí, y no más allá o más acá. Quizá por una pobreza antigua; pero también sería necesario saber por qué esos países son más pobres que otros: si esa pobreza es la que les da una mayor separación de clases sociales y unos dogmas de autoridad y religión más fuertes o, por el contrario, si es esa diferencia de clases y esa condición dogmática la que

produce la pobreza o la separación entre pobres y ricos. Nada es seguro. Tampoco es seguro que esta inestabilidad actual sea, como se dice desde los "centros de decisiones" —Washington, la OTAN— o desde un cierto orgullo del Norte,

perio bizantino o el español— una debilidad congénita para gobernarse o una incapacidad para dotarse de instituciones.

Grecia parece ahora —por el momento— algo más estable. Se ha modelado con cierta paciencia, con

encuentro armado con Turquía es siempre posible: quizá el caso del navío turco "Sismik", que adelanta hacia una zona conflictiva del Egeo pudiera ser el desencadenante. Probablemente no lo será, pero la deuda antigua entre las dos naciones no se disipa, y está encubriendo problemas interiores. Por las condiciones de predominio sobre esos países, el mando atlántico cree que podrá contener todos los riesgos.

La inestabilidad política que preocupa más seriamente es la de Italia, Portugal y España. Sobre todo, la de Italia. Portugal ha entrado en el orden, y España no lo ha perdido. Pero todo es provisional. En Portugal, el grupo germano-americano que actúa políticamente

Eduardo Haro Tecglen

un fallo. Es muy posible también que sea una manera positiva de rechazar unas condiciones de vida y de dominio a las que el Norte es más sumiso. En todo caso, no se puede achacar a países que en determinados momentos de la vida histórica han desempeñado un papel protagonista y una fuente de civilización —Grecia o Roma, el im-

cierta resignación, sobre lo posible autorizado, después de muchos años de guerra civil, represiones, golpes de estado, cambios de sistema. En realidad, ha congelado sus problemas, que es una cierta manera de gobernar o dejarse gobernar; pero esos problemas pueden saltar en cualquier momento, están agazapados y no ceden. Un



En Italia los largos años de un gobierno inmovilista han llevado a la política a un punto muerto. En la oposición sólo había en realidad un gran partido, el comunista, que ha sido el principal beneficiado. Sobre estas líneas, el secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, habla ante más de cien mil personas en Turín.



Soares está tratando de crear un "modelo" o una "vía" que pudiera aplicarse al nuevo anticomunismo. En la foto: el primer ministro portugués toma posesión de su cargo en presencia del Presidente Ramalho Eanes.

en Europa ha encontrado una solución satisfactoria en Soares y en su forma de gobernar con la derecha. Soares cree que está produciendo uno de esos "modelos" que de cuando en cuando fascinan a las sociedades mundiales: en realidad, es un modelo histórico, el del socialismo de derechas francés, de la gran época de Guy Mollet, que abrazaba todas las aventuras de la derecha —Indochina, Argelia— y las asumía a su propia costa, mientras repudiaba las fórmulas de la izquierda y se las dejaba enteras al partido comunista. Fue, con el de Italia, uno de los anticomunismos más torpes de la época. Soares cree, y probablemente tenga razón, aunque sea una razón coyuntural, que la forma de restaurar la economía de las naciones es la de mantenerse en una línea capitalista, que permitiría a Portugal recibir la abundante ayuda exterior que ya está recibiendo, lo cual prácticamente obliga a una contención de la mano de obra dentro de unos límites. Consisten estos límites en no aceptar sus reivindicaciones. Soares ha señalado (declaraciones a "Le Monde", 6 de agosto) su decisión de contener lo que llama "un cierto número de abusos cometidos por los trabajadores de la industria": el absentismo de las empresas nacionalizadas, "las reivindicaciones poco compatibles con las necesidades de nuestra economía, la falta de disciplina en el trabajo", y la realización de "ciertas formas de lucha que nosotros consideramos ilegítimas: el secuestro

de altos funcionarios, la captación de ciertos bienes, la destrucción de locales y de mercancías". Unos hechos irritantes, que eran, sobre todo, una manifestación de la lucha de clases en las que había tenido durante cincuenta años la peor parte; como los abusos realizados con los detenidos suponían una acción inversa a los infinitamente mayores sufridos durante el fascismo. Todo ello ha hecho decir al nuevo presidente Ramalho Eanes —3 de agosto— que "existe un inconsciente fascista en muchos de los nuevos revolucionarios". La validez o invalidez de esta política sólo se verá por sus resultados: los que determinen si el pueblo portugués va a comer o no los meses o los años inmediatos, si va a salir de su pobreza endémica y si va a gozar de una verdadera dignidad nacional.

Es cierto que Soares está tratando de crear un "modelo" o una "vía" que pudiera aplicarse al nuevo anticomunismo, y él lo plantea así a sus protectores: "Se están realizando ya proyectos con la ayuda de países europeos y de los Estados Unidos. Tendremos necesidad de la comprensión de la Comunidad Europea. Pienso que Europa tiene interés en sostener nuestra experiencia. Porque si triunfamos será una gran victoria de la democracia. Y si fracasamos, puede abrirse una era de gran inestabilidad sobre el continente". Es posible que esta misma proposición esté siendo hecha por gobernantes españoles; nuestra sociedad dominante más abierta ve como posible

—como mal menor— este tipo de "solución portuguesa"; que representaría un partido de la izquierda realizando la política de la derecha. Pero solamente, repitamos, como un mal menor.

En cuanto a la vía italiana, sólo puede considerarse aquí en un caso extremo, al que se prefiere no llegar de ninguna manera. Andreotti ha descubierto una cierta forma de tecnocracia que consiste en una fuga de la política para llegar a un pacto tácito con las fuerzas electorales del país. Su "programa" ante el Senado fue también, como en España, un no-programa: una enumeración de objetivos, una declaración de principios. Con alguna consistencia mayor, con un calendario más visible. Soares se ha encontrado con una sociedad convulsiva y compulsiva, que trataba de salir de la miseria y del fascismo con actos de un cierto carácter revolucionario. Andreotti, con una sociedad que se transforma rápidamente por debajo de las estructuras del Gobierno. Si va a acelerar las reformas del Código Penal y Civil, es porque la sociedad ha superado ya las fórmulas vigentes. Lo mismo sucede con la reforma de la enseñanza y de las estructuras universitarias, con la aplicación de medidas fiscales y la modificación de la escala móvil de salarios. Se ha encontrado con que los largos años de un gobierno inmovilista ha llevado la política a un punto muerto que no ha sido perdonado por la movilidad de la sociedad italiana

actual, y que esta incomodidad ha favorecido a los partidos de la oposición. En la oposición sólo había en realidad un gran partido, el comunista, que ha sido el principal beneficiado. La solución de Andreotti ha sido la de aceptar el pacto en las condiciones que ha podido, teniendo en cuenta siempre esa presión exterior, y en tratar de hacer una "fuga de la política", un gobierno de técnicos. No ha tenido grandes dificultades en que el Senado aprobase su discurso, dada la abstención prevista de los partidos del "arco constitucional" a partir del comunista, y lo mismo le está sucediendo en la Cámara en este principio de semana. El debate es breve; no tanto como suele suceder en las Cortes Españolas, pero breve. Y a continuación empezarán las vacaciones parlamentarias, que van a ser largas: del 11 de agosto al 18 de septiembre. Un tiempo durante el cual el Gobierno procurará tomar las medidas administrativas necesarias para un intento de normalización de la vida pública, y de preparar los decretos que deberían emprender la gran reforma que se espera, para presentarlos ante el Parlamento, donde se encontrará con lo que se ha definido ya como "una oposición crítica y acuciante".

Portugal e Italia aparecen así dentro de un orden posible dadas las estructuras en que tienen que moverse. A pesar de la busca de la despolitización que quiere hacer Andreotti, se trata también de una solución política. Pero en el mundo de lo posible políticamente influye, directa y claramente, el mundo de lo dudoso, económica y socialmente. No hay hombres-milagro, ni fórmulas mágicas. Se ha insistido demasiado en los "milagros" de posguerra, que no eran otra cosa que la entrada fuerte de las inversiones de Estados Unidos, y los resultados de estos milagros son los que estamos experimentando ahora. Si los grandes problemas económicos y sociales de Portugal y de Italia no se resuelven con mucha rapidez —y lo mismo se puede decir de España—, los problemas volverán a plantearse inmediatamente. En un plazo realmente corto: no más allá de los meses que van de octubre a las Navidades. No tienen más tiempo los Gobiernos de Portugal, de Italia o de España. La atribución posterior a las protestas obreras a maniobras comunistas carecerá ya de cualquier significado real. En Italia, sobre todo, el riesgo está en que la oposición abandone al Gobierno, no por ánimo de provocar una nueva inestabilidad, sino para salvarse del fracaso general. ■